

January 1984

El Rico Tacaño

Francisco Javier Ruidiaz

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Ruidiaz, F. J. (1984). El Rico Tacaño. Revista de la Universidad de La Salle, (10), 107-110.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El Rico Tacaño

FRANCISCO JAVIER RUIDIAZ*

Una tarde, bajo el calor del verano, salió de su pueblo el señor Epifanio López a pasar carnavales en una región circunvecina que estaba ubicada al otro lado del río Magdalena.

Aprovechando que el terreno estaba completamente despejado de toda humedad, decidió viajar a pie para no gastar en transporte lo poco que llevaba en sus bolsillos. Como siempre, estaba decidido a ahorrar hasta el último céntimo. Pero, al llegar al sitio de los acontecimientos carnavalescos se encontró con unos viejos amigos faranduleros quienes lo indujeron a cambiar sus planes iniciales.

Era Epifanio López quien por excelencia “mandaba la parada”, de tal suerte que no fue necesario discutir demasiado y, por unanimidad, decidieron salir a parrandear en compañía de mujeres de la vida fácil, con espíritus ambientesos. Claro que ellas repudiaban el apelativo de “mujeres de la vida fácil” porque —decían— “No es nada fácil soportar a un borracho a las tres de la mañana”.

Para Epifanio López era éste un ambiente tan distinto y totalmente alejado de la vida de estrecheces que solía llevar al lado de los suyos (y no por falta de medios, sino por tacañería) que, por el momento, no deseaba ni regresar a su querido pueblo de Guamal.

En el último día de fiesta tomó la decisión de emborracharse como nunca lo había hecho (quizá para olvidar el dinero derrochado), hasta el extremo de perder el conocimiento y la razón. Iba como loco, hablando sandeces. Sus pasos inciertos le llevaron por un callejón quebradizo y pedregoso que culminaba en el viejo cementerio de la localidad, ante cuya puerta de madera comenzó a golpear, creyendo que llamaba a la puerta de su propia casa, donde había dejado a su esposa y a sus dos hijos. Incansablemente gritaba: “Mija, ábrame la puerta, mija”, mientras da-

* Estudiante de la Facultad de Filosofía

ba golpe tras golpe sobre la destartalada puerta. Este escándalo se prolongó por espacio de un cuarto de hora.

Súbitamente hizo su aparición un fantasma cuya silueta simulaba un albo y flotante vestido. Epifanio, casi enceguecido por su estado de embriaguez, llegó hasta el punto de confundir esta extraña figura con la de su mujer puesto que ella solía llevar una pijama blanca al dormir, así que, apenas se le hubo acercado lo abrazó, diciéndole:

—“Mija, leváme al baño”.

El fantasma, ni corto ni perezoso, pero sí un tanto irritado, le respondió:

—“Aquí no hay baño, ni yo soy su mujer”.

El borracho, lleno de asombro y mirando con espanto a su alrededor, aún preguntó:

—“Y, ¿a usted no le da miedo estar en este lugar a estas horas de la noche?”.

La figura respondió:

—“Cuando estaba vivo, sí; pero ahor, no”.

Esta respuesta no solo asombró a Epifanio sino que le hizo comprender la enorme equivocación en que había incurrido y, completamente aterrorizado, perdió el sentido.

Al día siguiente, totalmente abandonado por sus amigos de parranda (como suele suceder en estos casos), Epifanio López resolvió regresar a su Guamal querido donde era muy respetado y gozaba de gran popularidad pese a su reputación de tacaño.

Sin más que cinco pesos en el bolsillo cogió el estrecho y encasajado camino hacia su pueblo y, al cabo de dos horas de dura jornada, se sentía en exceso fatigado; la fuerza del sol y la incomodidad del camino le hacían brotar el sudor a la cara y le daban un aspecto de abatimiento total.

Al llegar al puerto del río Magdalena se le presentó un nuevo contratiempo pues era la una de la madrugada y no pudo encontrar un barquero que lo cruzara a la otra orilla. La noche lucía agradable y clara porque la luna extendía sus relucientes rayos por toda la ladera. Aunque el ambiente convidaba al reposo después de tan agotadora caminata durante el día, no tuvo Epifanio la suerte de poder hacerlo: en este solitario lugar le tocó amanecer matando zancudos, a pesar de que gritó como un desesperado. El barquero, en la otra orilla, aunque oyó sus gritos, se limitó a decirle a su mujer que por cinco pesos no se iba a levantar a esas horas de la madrugada para darle gusto al borracho ese.

Con su cuerpo adolorido y brotado debido a las picaduras de los zancudos, Epifanio López tuvo que esperar hasta las cinco de la madrugada, hora en que los corregimientos y caseríos circunvecinos van a Guamal para intercambiar sus productos y hacer sus mercados, debido a lo cual los barqueros se apresuran, en una movilización masiva, de una a otra orilla, en procura de su sustento.

Finalmente, Epifanio López se acercaba a su destino. Al aproximarse a su casa debía pasar por frente de un corral de cerdos de una hacienda

de un compadre suyo. No menos de quinientos marranos pudieron ver aquella tarde al señor Epifanio López caminando lenta y penosamente y con la cara demacrada. Como era de suponerse, algunos de ellos comenzaron a cuchichear entre sí:

—“Oye, Hocico de Porra, ¿qué será lo que le pasa al compadre de nuestro amo? Nunca lo vi en tan malas condiciones...”.

—“Lo veo y no lo creo, Pellejo Reseco. ¡Pobre hombre!, algo muy grave debió sucederle... ¿Tú qué opinas Piropo?”.

—“Pues que estoy asombrado de ver al compadre en esa facha. ¿Habrá tenido algún percance? Miren, yo creo que deben haberle robado el dinero que dicen tiene escondido o probablemente hizo un mal negocio. Aunque, incluso es posible que esté herido. Uhhh... es muy extraño... Preguntémosle a Oreja Hendida que es el cerdo más viejo del corral y que conoce bien lo que pasa en este pueblo. Oye tú, Oreja Hendida, ven”.

—“¿Qué desean mis hijitos?”.

—“Mira Oreja Hendida, estamos preocupados por el compadre. Creemos que algo muy grave le acontece. Fíjate cómo viene de pálido y desenchajado. ¿Tú qué crees que haya podido sucederle?”.

—“Pero, hijitos, ¿no leyeron ustedes la prensa de esta mañana? Ahí lo explican todo. El compadre de nuestro amo debe estar fatigado porque regresa de los carnavales circunvecinos que se acabaron ayer”.

* * *

Epifanio López regresó a su casa muy enfermo y empezó a languidecer día por día como el velón de la cumbiamba. Lo que lo venía destruyendo no era una enfermedad especial sino el marasmo, con todos sus achaques. Se extinguía su memoria, vacilaban sus pasos y finalmente, apenas podía tenerse en pie, requiriendo el apoyo y cuidado de los suyos.

Los sentidos se le fueron debilitando (especialmente la vista), perdió el apetito y se puso tan débil que no pudo ocuparse más de sus asuntos. Lo que más sentía era no poder contar su dinero ni certificar las cuentas de su casa. Verdad es que ni su mujer ni sus hijos eran muy gastadores, pero ¿cómo confiar en ellos si en una ocasión habían llegado al extremo de tratar de implantar la costumbre de comer tres veces al día? Afortunadamente su autoridad logró detenerlos a tiempo, que si no, le dejan en la calle... Supieran ellos lo difícil que es trabajar la platica para venir a derrocharla en esos lujos...

Los días fueron pasando inmisericordemente para el enfermo que se oponía con tenacidad a ser atendido por un médico, apoyado por la débil insistencia de esposa e hijos, pues ninguno dudaba de que el santo doctor Gregorio les haría el milagro de sanar al viejo. Había que ver los milagrosos que era San Gregorio. ¡Y pensar que se conformaba con una veladora mientras que estos médicos pecadores no hacía más que sonsacarle la platica a los parientes del enfermo!

Pero todo fue en vano: Epifanio López estaba moribundo. Su fami-

lia paliaba el inmenso dolor ante su pérdida pensando en los pesitos que heredarían. Al fin al cabo estaría de Dios que se muriera el viejo... Menos mal que no habían gastado ni un centavo en médicos ni medicina...

Acercándose el tristísimo momento, la familia comenzó a hablar en torno al lecho del moribundo sobre la clase de entierro que le harían:

—“Mamá, —dijo el mayor de los hijos— voy a encargarme del entierro. Lo pediré de primera, con carroza de lujo y tres padres que canten responsos en las esquinas”.

—“No mijo, —respondió mamá— eso vale mucha plata. Con un entierro de segunda es suficiente: una carroza corriente y un solo padre. ¿Para qué tantos responsos en las esquinas? Así, nos ahorramos la mitad de lo que cuesta el de lujo”.

—“Mamá, —terció el segundo de los hijos— yo creo que tampoco hay que ponerse a gastar plata en un entierro de segunda. Con uno de tercera hay: el señor cura, el cajón en hombros, que podríamos llevar nosotros, y nada más. Cuesta tres veces menos y es la misma cosa”.

Al escuchar esto, Epifanio López hizo un supremo esfuerzo, se incorporó en su lecho y les dijo:

—“No sean bobitos mijitos. No se pongan a tirarse la plata en mi entierro. Lo único que necesito es un hueco. Alcáncenme las alpargatas que yo llevo al cementerio a pie”.